

EL INSTITUTO POPULAR DE CONFERENCIAS

Universidad Libre *

por el Académico DR. OSVALDO LOUDET.

El Instituto Popular de Conferencia de "La Prensa" fue fundado por el doctor Ezequiel Paz el 18 de julio de 1914. A estos efectos convocó en la Dirección a los doctores Estanislao S. Zeballos, Ángel Gallardo, David de Tezanos Pinto, Carlos Ibarguren y el ingeniero Carlos María de Rosales. Enviaron su adhesión los doctores Rodolfo Rivarola y Juan B. Señorans. ¿Cuál era el propósito fundamental de esa convocatoria? "Fundar un centro para la difusión de la cultura, que contribuyera —son sus palabras textuales— a fomentar la educación espiritual del pueblo, en forma amena y sintética, mediante conferencias selectas, y considerar en ellas los problemas nacionales y humanos, circunstanciales y permanentes." Agregó que antiguo era su propósito, pero que el concepto que tenía de la función del periodismo impedía que el tal instituto tuviera dependencia alguna del diario de su dirección; más aun, lo determinaba a no formar parte de su directorio, ofreciendo en cambio su apoyo y la utilización de aquél para la difusión de las exposiciones. Deseaba que las conferencias se mantuvieran a gran altura, seleccionando los conferenciantes y evitando la avalancha de los improvisados y los mediocres. Deseaba que se invitase igualmente a ilustres extranjeros, que dieran brillo a la tribuna.

* Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias de "la Prensa", el 21 de mayo de 1982, inaugurando el ciclo 1982.

¿Cuál era, en el fondo, su patriótico deseo? Fundar una universidad, libre de influencias oficiales y de doctrinas políticas. Libre también de programas rígidos, de planes arbitrarios, de horarios inextensibles. El término "universidad libre" se desliza modestamente en su exposición, pero traduce la gran luz que proyecta encender bajo el modesto título de Instituto Popular de Conferencias. Los distinguidos conferenciantes que ocuparon su tribuna han comprendido siempre el espíritu de su fundador. Este instituto ha sido en realidad una universidad abierta como él la soñaba, por la universalidad de sus temas, su adaptación a la cultura general de los oyentes y por la categoría intelectual de los disertantes. Si hubo cuestiones difíciles de resolver, fueron simplificadas por los oradores; si existieron puntos de vista distintos, hubo coincidencia en el método y en las conclusiones. Hubo temas polémicos para la opinión pública, pero fueron tratados con inteligencia y prudencia. Pensaban los disertantes que el oído del fundador estaba atento y que el público, heterogéneo, sólo pedía esclarecimientos y orientaciones.

El doctor Ezequiel Paz fue un modelo de moral periodística. Su tribuna estaba bien alta para que todos la viesen, bien firme para que no oscilase, bien iluminada para que nadie la confundiese. No perteneció a determinado partido político; no aceptó cargos relevantes, y si alguno de sus eminentes colaboradores aceptó ser ministro, renunció previamente a la redacción del diario. No transigió con los errores de los gobiernos y censuró con valentía todos los desaciertos. Atacó por igual a los "dictadores constitucionales" y a los dictadores "de facto". A los que por ignorancia o mala intención se apartaron de los caminos de la ley, les indicó la forma de volver a ella en paz y sin violencia. Comentando la psicología de Ezequiel Paz, opinaba el más prestigioso diario de Europa, "The Times", que "tenía un tremendo sentimiento de la responsabilidad, trazándose un conjunto de normas de las que jamás se apartó y siguió toda su vida". Por otra parte, sabía elegir sus colaboradores entre hombres de inteligencia clara, voluntad de acero y principios irrenunciables.

El primer Consejo del Instituto estuvo formado por Estanislao Zeballos, Ángel Gallardo, Rodolfo Rivarola, Carlos Ibarguren y Carlos María Morales, es decir, un internacionalista, un sabio biólogo, un severo jurista, un elocuente historiador y un dinámico matemático. Todos

estos hombres de ciencias particulares, poseían la ciencia universal de la vida.

Estanislao Zeballos fue el primer presidente. Era un espíritu inquieto, movedido, curioso, creador. La inmovilidad no existía para él: era una hipótesis, un teorema que era necesario demostrar. Sorprendía por la agilidad de sus ideas y la sucesión de sus emociones. Zeballos infundió al Instituto de Conferencias un dinamismo extraordinario. Le comunicó su temperamento de hombre de acción y de sagaces pensamientos. Tenía una virtud heroica y peligrosa: la sinceridad. Jamás disimuló sus convicciones y la amplitud de sus ideas. Respetaba la prudencia, pero la rechazaba cuando podía confundirse con la cobardía. Fue un exponente de la generación del 80. Positivista y romántico, pragmático y lírico, escéptico y creyente, hizo progresar el país. Miraba con desdén a los que nada hacen y todo critican. Los que nada hacen nunca se equivocan, y casi siempre están en el mismo lugar. La tribuna del Instituto de Conferencias fue para Zeballos una cátedra de doctrina y de polémica. No olvidemos que no era un pensador abstracto, sino un hombre de pensamiento activo. ¿Alguien lo vio alguna vez dormido, quieto, titubeante, indeciso? Nadie lo vio en la actitud de una estatua que espera su pedestal. Conocía los límites de su poderío retórico y sabía tener sus pausas y detenerse a tiempo. Fue redactor de "La Prensa" y siguió fielmente los consejos de Ezequiel Paz. Dialogó desde las páginas de este periódico con todos los sectores de la opinión pública. La escuchó, la orientó y la censuró llegado el caso. No la aduló jamás. Nunca el diálogo se transformó en monólogo para dominar al interlocutor.

La primera conferencia en el instituto la dictó Rodolfo Rivarola con el título de "Problema político de la educación". Nadie más indicado que este espíritu superior por su talento, su sabiduría y su conducta para abordar semejante tema. Era en realidad un filósofo. Su saber crítico era vastísimo y sus interrogantes, permanentes. Por eso nunca "agotaba" un tema, sino que lo volvía a crear de nuevo. Jamás fue un dogmático y tal vez un ecléctico. Lo he dicho en otra oportunidad y lo repito ahora: Rivarola fue un ministro de Justicia e Instrucción Pública, sin cartera, durante cuarenta años. Gobernó desde la cátedra universitaria sin depender de un ministerio. Desde la tribuna de su cátedra no dictó proyectos y reglamentaciones esté-

riles, sino normas adecuadas para salvar al país de la ignorancia y el desvarío. Dictó decretos vivos, no muertos. Dijo en aquella conferencia inicial: "La cultura es el *alma mater* de la vida nacional, del Estado moderno. Ella inspira, funda, actúa, gobierna. Contribuir a desarrollarla en nuestro país, todavía dinámico, es la visión suprema del Instituto Popular de Conferencias".

Al doctor Zeballos sucedió en la presidencia el doctor Carlos Ibarguren, uno de los estadistas de mayor talento que ha tenido la República. Si poseía la serenidad de Rivarola, no utilizaba el énfasis de Zeballos, pero demostraba el patriotismo de los dos. Había dictado Derecho Romano en la Facultad de Ciencias Jurídicas e Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras. Aplicaba su Derecho Romano con severidad. Además de poseer un carácter romano tenía la delicadeza de un ateniense. Nunca fue un político de ágiles travesuras; siempre fue un catedrático de principios claros y erudición vastísima. En fin, parecía haber nacido en Atenas y estudiado en Roma. Siempre recordaré su conferencia sobre "Una proscripción bajo la dictadura de Syla". Es muy interesante recordar cómo llegó a ser ministro de Instrucción Pública. Nunca fue un hombre político. Estaba en las antípodas de las tácticas de una técnica electoral o demagógica. No fue el prestigio de un conductor de masas, ni el fiel servicio de un programa político, ni las vinculaciones sociales de un caballero, ni las recomendaciones que se tejen entre bastidores, lo que le llevaron a ser ministro, sin aspirarlo, sin soñarlo, ni quererlo. Fue nombrado ministro por un discurso. Sáenz Peña, que cumplió la Constitución que había jurado, escuchó un discurso de Ibarguren en una colación de grados. Después de haberlo escuchado se dio cuenta de que había encontrado el ministro que buscaba. Era el hombre para dirigir la enseñanza y hacer respetar la justicia. Como veis, los autores del nombramiento de Ibarguren fueron Quintiliano y Cicerón. Del primero leía *Las Instituciones Oratorias*, sobre todo los capítulos dedicados a la definición de la retórica, a la invención y a las costumbres del orador. La mejor virtud del orador era la conducta. La retórica puede ser una falsa vestimenta. Quintiliano criticaba los "oradores románticos", más teatrales que eficientes, más agitados y violentos que despertadores serenos de pasiones nobles y elevadas. De Cicerón no aprendió a construir "alegatos", sino a elaborar sentencias y máximas orienta-

doras. Nunca fue fogoso y desigual, sino templado y armonioso. Conocía las *Controversias de Séneca* y las aplicaba con inteligencia.

El tercer presidente que tuvo el instituto fue Rodolfo Rivarola, al cual ya nos hemos referido. Sólo quiero recordar aquí el juicio de su sucesor Aráoz Alfaro: "Jurista, filósofo, sociólogo, educador, profesor, fue el modelo del maestro, el que enseñó más que con la ciencia que poseía, con la ética superior de su vida".

Sucedió a Rivarola en 1942 el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, del cual fui alumno en la Facultad de Medicina. Era un hombre de ciencia, un verdadero sabio y un auténtico maestro, sin gestos excesivos y sin palabras altisonantes. Escucharlo era un deleite para el espíritu y para el oído. Clínico sutil, examinador delicado, descubría las enfermedades con la tranquilidad de quien levanta una sábana para mostrar un cuerpo empequeñecido por la enfermedad y la vida. No anunciaba un diagnóstico, no presentía un pronóstico, no creía en una ciega terapéutica. Las etapas de una enfermedad diagnosticada se cumplían matemáticamente. No era el prestidigitador del asombro, era el conquistador de la certidumbre. No se apoderaba de la verdad clínica con premura, pero llegaba a poseerla con fuerza y con dulzura. Cuando fue presidente del Departamento Nacional de Higiene, se transformó en un ministro de Salud Pública. Su obra para extirpar ciertas endemias que asolaban las provincias del Norte fue prodigiosa. Conocía el paludismo en todas sus formas, porque lo había vivido en su dulce provincia.

No tenía temperamento de cirujano sino de clínico. Prefería la medicina preventiva a la cirugía extirpadora, con o sin dolor. Durante su presidencia en este instituto se trataron preferentemente temas de higiene pública y de profilaxis colectiva. No solamente conocía la geografía médica del país, sino también su geografía intelectual y moral. Además de clínico general, fue médico de niños. Combatió la morbilidad infantil, sobre todo en el interior, donde hay sol en el cielo que no penetra en las miserables casuchas donde se guarecen sus habitantes. Su bondad y su paciencia las usaba con los niños y con los grandes. Su amor por la humanidad doliente no tenía límites.

A continuación de Aráoz Alfaro ocupó la presidencia del Instituto un gran poeta lírico, Arturo Capdevila. A un gran prosista de la medicina sucedió un gran poeta de la

literatura. Los dos fueron igualmente soñadores, el uno en las ciencias y el otro en las letras; los dos fueron hombres de pensamiento y de acción, cada uno en su órbita; los dos fueron espíritus creadores porque poseían el gran tesoro de la imaginación y de la sensibilidad. Vivieron más para los demás que para sí mismos. Creían en la posibilidad de mejorar la criatura humana y fueron optimistas.

Capdevila se recibió de abogado y fue juez, pero tenía demasiada ingenuidad para ser abogado y demasiado corazón para ser juez. Por eso nunca fue un juez totalmente imparcial. No acusaba; en realidad siempre defendía. Buscaba las causas atenuantes y olvidaba las causas agravantes. Y sucedió lo que tenía que suceder: abandonó los códigos que le quemaban las manos y le nublaban los ojos y se abrazó a la poesía, la vocación profunda de toda su vida. Entre sus libros de poesía merecen recordarse *Melpómene*, *Los jardines solos*, *El poema de Nenúfar*, *El tiempo que se fue*.

Se dedicó igualmente a la historia, a "la historia novelada", género que suele ser más interesante que la historia científica y erudita, porque el autor sustituye en la novelada lo que no sabe imaginar el historiador, y sin embargo existe. Tal vez lo que no está documentado es más importante que lo que está documentado. Como ejemplos de su historia novelada se podrían citar: *Las invasiones inglesas* y *Las vísperas de Caseros*. El poder de evocación de Capdevila es fascinante. Sus héroes nunca fueron fotografías muertas, sino seres vivos de carne y hueso. Sus héroes aparecen con sus luces y sus penumbras y algunas veces con sus noches. La presentación de los conferenciantes en esta tribuna eran síntesis admirables de personajes reales.

Después de Capdevila se desempeñó en esta presidencia el doctor Horacio Rivarola, quien fuera profesor en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. Ejerció el rectorado durante breve tiempo porque la dictadura lo liquidó. Había heredado de su padre no solamente el apellido sino sus virtudes intelectuales y morales. Era bondadoso y tolerante. Un espíritu tranquilo, pero al mismo tiempo activísimo. Conocía los secretos de todos los estatutos y todos los reglamentos. Fue un verdadero legislador universitario.

En 1970 asumió la presidencia, el que estas palabras os dirige. No tuvo otro programa que realizar los ideales de sus antecesores.

No puedo pasar por alto el período de silencio del instituto, que coincidió naturalmente con la clausura de este diario. Lo primero que hacen los dictadores al asumir el poder es clausurar las universidades y los diarios. Lo primero que hacen es apagar la luz. Necesitan trabajar en la sombra para cometer sus delitos, sus perversidades o sus locuras. En el fondo son unos ingenuos. Si se cierra una universidad, las abejas continúan elaborando la miel de su sabiduría; si se cierran las puertas de un diario la luz sigue irradiándose multiplicada sin necesidad de los tipos de imprenta. Lo que vale son los tipos de hombre.

Comentando la clausura del diario, escribe Gainza Paz: "En nuestro régimen republicano impedir el ejercicio de la libertad de imprenta, a título preventivo, es una violación jurídica semejante a la clausura de un Parlamento o la supresión del Poder Judicial".

Conferencias

Como sería muy extenso referirme a todas las conferencias dictadas en "La Prensa", me voy a limitar a las principales pronunciadas en estos últimos diez años: Julián Marías, "El poder supranacional"; Anze Matienzo, "La libertad y la democracia en América"; Rebaudi Basavilbaso, "El Norte Argentino"; Juan B. Michans, "Una figura cumbre de la cirugía argentina: Alejandro Posadas"; almirante Sánchez Sañudo, "Democracia, participación y sociedad de consumo"; Segundo Linares Quintana, "La Argentina hecha Ley"; Guillermo Jáuregui, "La vejez y la prolongación de la vida"; Alberto Padilla, "La Reforma de 1937"; Edmundo Correas, "La crisis del Federalismo"; Sebastián Soler, "La moral y el Derecho"; R. Zorraquín Becú, "Juan Agustín García"; León de Soldati, "El corazón en la historia del hombre"; Enrique Aznarez, "Leyendo a Hipócrates"; Domingo Sabaté, "El arbitraje y la cuestión del Beagle"; Venancio Deulofeu, "La ciencia y la técnica en una encrucijada"; Margarita Argúas, "Proyección internacional de juristas argentinos"; Marco Aurelio Risolía, "Lenguaje y Derecho"; Ricardo Balestra, "El resurgimiento del federalismo argentino"; Alberto Constantini, "Las obras públicas y el país"; Leandro Pita Romero, "Mujeres de Galicia"; Santiago Celsi, "Medicamentos de hoy y medicamentos de ayer"; Bonifacio del Carril, "La Reforma Política"; Manuel Malbrán, "La crisis contem-

poránea y la idea del derecho"; Jorge Cruz, "El público"; Eugenio Pucciarelli, "Conocimiento y libertad en la filosofía de Spinoza"; Enrique M. Barba, "La creación del Virreinato del Río de la Plata"; Rodolfo E. Modern, "Hermann Hesse en su poesía"; Enrique Nores Martínez, "José Mármol, el poeta de la libertad"; Jorgelina Loubet, "Lo cotidiano, el fulgor y el signo en la obra de actuales escritoras argentinas"; Beatriz Bosch, "Dos humanistas: Benjamín Victorica y Osvaldo Magnasco"; Ángela Blanco Amores de Pagella, "Leyendas y mitos americanos"; Enrique Anderson Imbert, "Teatro y Literatura"; Desiderio Papp, "Darwin y la doctrina de la evolución"; Mario Justo López, "El pensamiento político de Ortega y Gasset"; Pedro J. Frías, "Nuestras ciudades"; Isidoro Ruiz Moreno, "El centenario del Tratado de límites con Chile"; Roberto Repetto, "Cristianismo y liberalismo"; Ernesto J. Fitte, "La soberanía de Martín García y la división del Río de la Plata"; Carlos María Gelly y Obes, "Dimensión histórica de Mitre"; Pablo Negroni, "Carlos Spegazzini y la conquista de la Patagonia"; Julio H. G. Olivera, "Teoría económica y sistema cooperativo"; Emilio J. Hardoy, "La frontera del poder".

Hemos omitido de esta lista las conferencias del presidente y de los vocales, que además han presentado a los conferenciantes.

Premio Alberdi-Sarmiento

El Premio Alberdi-Sarmiento instituido por el director de "La Prensa", el doctor Alberto Gainza Paz, "como homenaje a la obra que por medio del libro y del periódico realizaron los dos ilustres argentinos en favor del acercamiento espiritual y del progreso de los pueblos de América", dicen sus fundamentos, fueron otorgados en estos últimos diez años a las siguientes personalidades: el doctor René Silva Espejo, chileno; Eduardo Jiménez Aréchaga, uruguayo; Arturo Uslar Pietri, venezolano; Enrique Campos Menéndez, chileno; Alicia Jurado, argentina; Eugenio Pereira Salas, chileno; Julio Mezquita Neto, brasileño; Armando Tagle, argentino. El jurado estuvo integrado por Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Cárcano, Alfonso de Laferrère, Atilio Dell'Oro Maini y el que habla. Ha tenido muy en cuenta los propósitos del fundador inspirados en contribuir a la unidad espiritual de América, que es el

refugio de hombres libres que pueden expresarse con libertad y valentía. Ya dijo Jefferson que prefería un pueblo sin gobierno a un pueblo sin libertad de prensa. Entre los premiados se observa el predominio de periodistas-escritores, que utilizaron sus plumas aceradas para detener los desvíos de los dictadores o las demasías de los demagogos. Tanto Alberdi como Sarmiento defendieron la libertad de prensa, y contribuyeron a vigorizar el sistema republicano desde el exilio.

He querido recordar el 68º aniversario de la fundación del Instituto Popular de Conferencias rindiendo un homenaje a su fundador y a los que colaboraron en su grandeza.